

Ojalá escuchéis hoy su voz

La invitación a escuchar la voz de Dios es, antes que nada, recordar su prioridad y su soberanía que hacen que nuestra vida espiritual sea en su núcleo más íntimo, y antes de ser programa, proyecto, esfuerzo y hasta palabra dirigida a él, espera, escucha y respuesta a la palabra con que él nos llama. Verdaderamente, no hemos aprendido nada de la vida espiritual, de la fe y de la oración en la que se ejerce hasta que no hemos aprendido que todo comienza con la escucha de Dios y hasta que no hemos puesto efectivamente nuestra vida a la escucha de su Palabra.

Pero, como todo lo que es central y fundamental, la escucha de Dios comporta infinidad de aspectos y matices, de los que vamos a desgranar tan sólo algunos al hilo de las palabras del Salmo-invitación que hemos propuesto como título.

Nuestro hoy es el hoy de Dios

El Salmo nos invita a escuchar a Dios en las circunstancias concretas que acompañan aquí y ahora el curso de nuestra vida. Al hacerlo nos da la seguridad de que la voz de Dios la acompaña permanentemente, la confianza de que la presencia de Dios la envuelve cada día. Por eso cada día puede ser la ocasión de un encuentro con Dios lleno de novedad, cada hoy de nuestra vida está llamado a ser también el hoy de Dios.

Pero nuestra modesta vida diaria está envuelta en las circunstancias concretas, inabarcables para nosotros y que la condicionan irremediabilmente, del vasto mundo en el que vivimos. Nuestros días están envueltos en el clima favorable o desfavorable para el encuentro con Dios que constituyen nuestro mundo, nuestro país, nuestra Iglesia. Por eso una reflexión sobre la escucha de Dios debe tener en cuenta las posibilidades que ofrece nuestro mundo, las dificultades que comporta, los condicionantes que impone a esta vida nuestra que queremos poner a la escucha de Dios.

El hoy de nuestro mundo

Basta una mirada superficial para descubrir en él males ingentes y extraordinarias posibilidades. Y unos y otros son las circunstancias en las que resuena para nosotros la palabra de Dios. Norte-Sur es el nuevo eje en torno al cual cristalizan los males mayores. Sociedad de la abundancia, de la opulencia, del derroche en los países del norte. Muchedumbres que pasan hambre, que carecen de lo elemental en el hemisferio sur. Injusticia infligida de una parte, con todas las secuelas de la desorientación, de la falta de sentido, del hastío. Injusticia padecida, de la otra. Con la consiguiente carencia de condiciones para la realización de una vida humana.

Al mismo tiempo, logros importantes de la humanidad, empañados por la injusticia que distorsiona todo, pero logros al fin, en el terreno de las ciencias, de la sanidad, de la cultura

material, de la esperanza de vida, de la mejora relativa de su calidad y de unas condiciones materiales más favorables para el desarrollo del espíritu.

Logros y fracasos del mundo en el que vivimos influyen en la realización concreta de nuestro encuentro con Dios. Los males, oscureciendo su presencia en la medida en que nos descubrimos cómplices con ellos. Suscitando un pequeño rumor de su paso, en la medida en que los pueblos que los sufren siguen esperando y resistiendo con fortaleza y en la medida en que algunos hermanos se ponen de su lado y prefieren compartir sus sufrimientos a hacerse cómplices de la injusticia que se les hace padecer. Los bienes, porque, a pesar de sus distorsiones, nos permiten ir entreviendo la verdad de ese proyecto de Dios para los hombres que comenzó con la creación de las cosas, que «eran buenas», y siguió siendo anunciado después de la caída como un Reino de justicia, de verdad y de paz para todos.

Pero de este escenario del mundo en el que discurre nuestra vida también forma parte la secularización de la sociedad y la cultura, y la increencia, el agnosticismo y la indiferencia que de forma masiva y culturalmente influyente invaden grupos cada vez más numerosos de contemporáneos nuestros. Y también este aspecto de la situación del mundo influye sobre la realización de nuestra fe y condiciona los modos de nuestra escucha de Dios.

Así, el clima de secularización de nuestro tiempo parece haber eclipsado la presencia de Dios. La casi nula relevancia social y cultural de la religión parece imponer el más denso silencio de Dios. Y muchos de nuestros contemporáneos se preguntan angustiados ¿cómo escuchar a Dios cuando todo es silencio de Dios? Algunos pretenden ocultarse ese silencio gesticulando y hablando sin medida, sin caer en la cuenta de que todos esos gritos no valen lo que la palabra, tan propia de Dios, de su silencio, cuando el hombre sabe escucharla, purificando su afán de explicarlo y de dominarlo y creyendo desde la espera, la queja, la paciencia —esa esperanza para los tiempos oscuros— y la confianza. Así, también, la increencia en todas sus formas condiciona nuestra escucha de Dios, primero porque asedia nuestra fe y nos produce la impresión de que creemos desde el vacío, que predicamos en el desierto, pero, después, y sobre todo, porque raras veces se sitúa solo fuera de nosotros. Con frecuencia nos afecta, contamina nuestra forma imperfecta de creer, erosiona la seguridad de nuestra adhesión; hace vacilar nuestro aprecio absoluto de la presencia de Dios. Y por eso nos fuerza a cambiar la oración presuntuosa y falsa del: «Gracias, porque no soy como éstos» (Le 1 8, 9) por la súplica más propia del creyente: «Señor, yo creo; ven en ayuda de mi incredulidad» (Me 9, 24).

Sin olvidar que las muchas formas de increencia suponen un desafío para nuestra fe que nos permite descubrir en ellas un «signo de nuestro tiempo», es decir un rasgo, aparentemente el más oscurecedor de la presencia de Dios, a través del cual también puede estar dirigiéndonos su Palabra siempre perturbadora de nuestras falsas seguridades.

Pero en este hoy del mundo, que como podemos ver no es ajeno a nuestro encuentro con Dios, se inscriben los «hoy» más próximos de nuestra Iglesia y de nuestra vida personal.

La Iglesia, momento del hoy de Dios para nosotros

La Iglesia como continuación de la vida y la acción del Resucitado a lo largo del tiempo es la mediación histórica que asegura la contemporaneidad del Salvador en la vida de todos los hombres. Y en ella y por su medio resuena para nosotros la Palabra de Dios. Gracias al Espíritu que la anima, a la Escritura interpretada con fidelidad en ella, a los sacramentos que celebran la actualización de la gracia, a los ejemplos de sus santos, a la vida de sus miembros más sencillos, la Iglesia aproxima la llamada de Dios a las circunstancias diversas, plurales y cambiantes de nuestras comunidades y de nuestras personas.

Y como nada es tan malo como la corrupción de lo mejor, la Iglesia, llamada a ser signo de la palabra de Dios, se puede hacer obstáculo y ruido distorsionante. Por ejemplo cuando se empeña en sustituir a Dios en lugar de transparentarlo: o cuando pretende acapararlo en los límites excesivamente estrechos de su estructura visible; o cuando muestra su imagen pervertida por la connivencia con el poder, la injusticia o la falta de misericordia. Pero todas estas manchas y arrugas de la que está llamada a ser inmaculada y sin arrugas no hacen más que recordarnos su condición de mediadora y sacramento que hace presente la Palabra sin identificarse con ella, e impedir que la confundamos con la plenitud del Reino o que tomemos sus enseñanzas o sus estructuras por la Palabra de Dios en persona,

El hoy de la vida de cada persona

La referencia a la Iglesia con sus gracias y desgracias nos remite ya a nosotros en la medida en que son nuestros pecados los que afean su rostro ante el mundo. Pero la voz de Dios dirigida a cada uno resuena en nuestras vidas de acuerdo con sus circunstancias concretas. Y el hoy de cada situación modula la voz de Dios de acuerdo con ella. Basta para percibirlo recurrir a las formas diferentes que recibe la llamada de Jesús a sus discípulos, según las circunstancias en que éstos se encuentran. Así, a la primera llamada a Pedro y los discípulos junto al lago, a la que los discípulos responden abandonándolo todo y siguiéndole con decisión y entusiasmo (Mt 4, 18), sigue la de los momentos de vacilación: «¿También vosotros queréis abandonarme?», a la que Pedro responderá: «A dónde iremos; tú sólo tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Y a la pregunta: «¿Y vosotros quién decís que soy yo?» que suscita la serena confesión inspirada por el Padre: «Tú eres el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 15) sigue el duro reproche: «Apártate de mí. Satanás» (Mt 16 23), que corresponde a la dureza de corazón ante la cruz cuando ésta aparece en el horizonte. En el momento triste de la negación. Jesús habla en silencio a Pedro con la sola mirada (Le 22, 61). Y, por fin, tras la resurrección, la voz de Jesús se modula en pregunta sobre el amor: «Pedro, ¿me amas?», para suscitara la respuesta de la fe humilde: «Señor, tú lo sabes todo» (Jn 21, 15). Verdaderamente, la palabra de Dios acompaña todos los momentos de la vida del creyente. Le llama por el nombre concreto de cada momento y por eso sólo puede ser escuchada desde la asunción por el hombre del hoy preciso en que se encuentra su vida.

En estos «hoy» concretos resuena para todos nosotros la Palabra de Dios invitándonos a su escucha.

Oír y escuchar la voz de Dios

Varios rasgos distinguen la escucha del hombre de su simple oír. Oír es posible sin fijar la atención. La escucha requiere concentración de los sentidos y apertura expresa a lo que nos llega a través del oído. Por eso pueden oírse muchas cosas a la vez, pero la escucha requiere selección de los mensajes y aplicación al que ha llamado nuestra atención y ha suscitado nuestro interés. Por último, oír corresponde a un decir sin destinatarios explícitos. Oímos las noticias emitidas para todos en general. En cambio una llamada que pone por delante nuestro nombre propio requiere ser escuchada.

La Palabra de Dios, personal como ninguna otra, de la que depende nuestra vida, no puede ser captada como una voz entre otras por un oído distraído. Exige que estemos pendientes de ella, que concentremos nuestra atención, requiere ser escuchada, y su escucha es un fenómeno tan denso que comporta muchos momentos y aspectos que conviene exponer con detalle.

Hablar de la escucha de Dios es en primer lugar reconocer algo que viene de más allá de nosotros mismos, que supera nuestros deseos, que precede incluso nuestras preguntas. Es reconocer la prioridad de Dios en relación con nosotros. Pero una prioridad presentida por el hombre y preparada en su existencia por la condición de «oyente de la Palabra» que desde la creación Dios ha puesto en ella. «Si el hombre puede acoger la palabra de Dios es porque la Palabra mora en él o, mejor, porque la Palabra es su morada... «La palabra de Dios a nosotros presupone la Palabra de Dios en nosotros" (Urs von Balthasar). Esta prioridad de la palabra hace que el primer momento de una actitud de escucha consista en invocar la Palabra para que se digne llamarnos: *loquere, Domine*, «habla, Señor», «dime tu nombre», «instrúyeme en tus sendas», o, con otra imagen, «muéstrame tu rostro».

Tras esta petición, la condición primera para que se produzca la escucha será retirar los obstáculos que la superficialidad y la rutina pueden poner al ejercicio de nuestra condición de oyentes, y hacernos presentes a la voz que nos llama, abrir de par en par los oídos, no endurecer el corazón y decir con decisión y con humildad: *ecce adsum, ecce ancilla*, aquí me tienes, heme aquí. Dos rasgos caracterizan este momento inicial de la escucha: el silencio, el recogimiento y la apertura de quien se recoge y se hace todo oídos para prestar atención. Es, pues, concentrarse para llegar a un centro abierto sobre el más allá de sí mismo.

La escucha del hombre no crea la voz, pero en su mano está acogerla o rechazarla; y acogida, dejarla resbalar por la superficie de la vida o abrirse a ella para que cale todas sus capas, y conservarla meditándola en el corazón (Le 2, 51). El último paso de la escucha es la encarnación de la Palabra en el curso de la vida «poniéndola en práctica». La fe en el Señor, diríamos recurriendo a otras imágenes, se realiza en el seguimiento.

Tal vez no sea inútil para concretar los momentos y las condiciones de la escucha referirse a las parábolas del Reino. A la de la semilla y las diferentes clases de tierra que la acogen (Mt 13 1-9); a la de los invitados a la boda y las excusas que les impiden aceptarla (Mt 22, 2-10); o contemplar esa figura prototípica del discípulo, del que escucha la Palabra, que los evangelios dibujan en la presentación que hacen de María (Le 1, 38; 1, 45; 2, 51; 8, 21; Jn 19, 23; Hech 1, 14).

Las voces y la Palabra

Basta que el hombre preste atención para que todo se muestre lleno de rumores de Trascendencia: la naturaleza, la historia, el interior del hombre, la vida y sus acontecimientos. Pero el hombre siempre corre el peligro de confundir esas voces. A veces, por ejemplo, toma las propias aspiraciones de infinito por el infinito mismo. Otras veces se figurará la Palabra como una simple ampliación de sus deseos, haciéndose un Dios a imagen y semejanza suya. Por eso todos los rumores de Dios que descubrimos en la vida debemos contrastarlos con la realidad de la Palabra encarnada. Aquella que es la imagen del Dios invisible, Jesucristo, el Señor, en quien Dios nos ha revelado cuanto tema que decimos: la Palabra a la que nos remite la voz de Dios que ha rasgado los cielos como en el bautismo de Jesús y en su transfiguración para decimos: «Este es mi Hijo, el amado; escuchadle» (Mt 17, 5).

A su luz estamos llamados a penetrar las cosas, a interpretar los acontecimientos y nuestro propio interior para que hagan resonar para nosotros la Palabra del Padre. Es lo que hacemos con el ejercicio de lo que llamamos lectura creyente de la realidad y de la vida. Esa lectura que ahonda nuestra mirada y nos permite «ver con el corazón», nos hace atentos a los lados invisibles de las cosas, considera la realidad *sub specie aeternitatis* a la luz de la eternidad manifestada en la vida de Jesucristo y nos descubre, donde sólo veíamos objetos y hechos desprovistos de significación, dones de Dios y manifestaciones de su Palabra, que nos invita, nos llama, nos juzga, nos consuela y nos perdona.

En Jesucristo, palabra definitiva de Dios, nos vemos confrontados con la escucha como opción decisiva. «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos le recibieron les dio poder de ser hijos de Dios» (Jn 1, 12).

En Jesucristo, donde la Palabra de Dios se hace definitiva, se revelan de la forma más plena la prioridad y la trascendencia. Abandonada la majestad con que la imaginaban nuestros deseos, la Palabra se hace carne débil y contradictoria en la vida y en la cruz de Cristo como paso hacia la glorificación. Y dentro de la misma lógica, continúa su presencia sacramental a lo largo de la historia privilegiadamente en los necesitados y en los pobres: «Cuanto hicisteis a uno de estos pequeños me lo hicisteis a mí» (Mt 18, 5): «Tuve hambre y me disteis de comer» (Mt 25, 35): y, como las leyes de la escucha deben seguir la misma lógica de la proclamación de la Palabra, nos invita a adoptar la misma actitud de descentramiento y entrega de nosotros como condición para que esa escucha sea auténtica.

La densidad de la Palabra de Dios revelada en Jesucristo supera con mucho nuestra capacidad de comprensión. Desde nosotros solos no seríamos capaces de llegar al conocimiento de la verdad plena (Jn 16, 13). Sólo el Espíritu de Dios penetra las profundidades de Dios y por eso la identificación de su Palabra requiere la renovación de nuestros ojos que nos procura el Espíritu Santo. Sólo gracias a él podemos penetrar el misterio de Jesús y llegar a confesar: Jesús es el Señor; sólo incorporados por él al Hijo podemos invocar a Dios como abba. Padre.